

## ARPONES DECORADOS AZILIENSES

*Juan A. Fernández-Tresguerres*

El hallazgo en niveles azilienses de útiles de asta o hueso destinados a un uso percedero y que lleven decoración no es muy frecuente. Ya ha sido reiteradamente repetido que uno de los hechos que indican la profundidad del cambio que se produce en los momentos finales del Magdaleniense y en el Aziliense, es la paulatina disminución del arte figurativo y su posterior desaparición y, luego, una notable transformación en el mundo de los signos. El mundo aziliense es el de la abstracción y el de la simplificación, al menos aparente.

La aparición en los niveles que corresponden a esta industria de azagayas, punzones o espátulas decoradas, sin ser en absoluto infrecuente si es rara. Lo que no se ha encontrado hasta ahora es el tipo característico de arpón aziliense decorado. Es cierto que encontramos en numerosas ocasiones incisiones en estas piezas que, a veces, parecen marcar con una mayor intensidad algún rasgo propio de la pieza, o bien líneas dispersas por su superficie sin orden aparente. Ahora nos referimos a objetos que presentan en su superficie una serie de elementos bien ordenados y realizados con una clara voluntad de decoración.

En la cueva de Los Azules se han encontrado, en el conjunto de capas que forman el nivel 3, una espátula decorada, un punzón con incisiones en todo su contorno y costillas con incisiones agrupadas en series. Pero, prácticamente todo ello, se encontraba dentro de la normalidad del comportamiento dentro de un contexto aziliense. Más sorprendente fue el hallazgo de dos arpones decorados en un nivel más profundo y antiguo que, también, correspondía al Aziliense.

Este nivel 5 sería, posiblemente, el momento más antiguo de la ocupación aziliense de la cueva de

Los Azules. En él se detectan algunas variaciones en el comportamiento tecnológico, con respecto al definido por la industria del nivel 3. Claramente separado de éste por un nivel estéril, el nivel 5 se encuentra concentrado en el fondo de una cubeta (no sabemos aún si realizada por los hombres o por actividad geológica) y está en contacto directo con el nivel del Magdaleniense superior; en realidad resultaba bastante difícil en la excavación distinguir entre los dos niveles, si bien el contenido de ambos niveles, el aziliense y el magdaleniense se diferencian muy nítidamente por los materiales que contienen. Una vez excavado la diferencia es patente, y ya no sólo por las industrias.

Es en este nivel aziliense antiguo de la cueva de Los Azules donde se localizaron los dos arpones decorados de los que tratamos en este trabajo. De uno de ellos (fig. 1,3) se conserva tan sólo un pequeño fragmento. El otro (fig. 2) está completo y presenta un estado de conservación bueno. Aparte de estas dos piezas se halló un tercer arpón que presenta una serie de curiosas características que es interesante tener en cuenta (fig. 1,1); en primer lugar su base parece poseer una incipiente protuberancia siendo por ello más redondeada, menos angulosa y más destacada del fuste de lo que es tradicional en los arpones azilienses; en segundo lugar, su perforación es perfectamente circular. Sus otros caracteres son típicos del período: dientes recortados y poco diferenciados del fuste; como es tradicional en el área geográfica en que se encuentra la cueva de Los Azules, éste arpón aziliense tiene sólo una fila de dientes. La ligera convexidad de la cara dorsal tampoco es demasiado característica de las piezas de este período.

De todos modos, los arpones que nos interesa reseñar aquí son los otros dos. Como hemos dicho uno de ellos está roto y sólo se conserva un pequeño fragmento del fuste, suficiente para ver en él el arranque de un diente, lo que permite definirlo con claridad como un arpón aziliense, típico al menos en alguno de sus caracteres. Este fragmento aparece quemado. Lo que inmediatamente destaca en él es su decoración que está constituida por tres trazos oblicuos incisos a los que están adosados otros cortos y perpendiculares a los anteriores.

Este tipo de decoración, sin ser idéntico, recuerda al que encontramos en algunas piezas de yacimientos de Cantabria. Son fragmentos de hueso no bien definidos en alguna ocasión, en otras se trata de colgantes (Cueva Morín, El Piélago, La Chora, Cueva San Juan y Rascaño). Todos ellos corresponden a un momento del Magdaleniense superior final y al Aziliense; se localizan en el momento de cambio cultural que se produce al final del Pleistoceno. Tanto estas piezas de Cantabria como la de Los Azules entrarían dentro del conjunto de trazos múltiples asociados de Barandiarán: trazos longitudinales con otros menores oblicuos convergentes a él adosados a un sólo lado, siendo estos últimos puntos o marcas muy cortas<sup>1</sup>.

Sin embargo, pese a que puedan recordar en algunos rasgos a las piezas de Cantabria, las diferencias son también patentes. El motivo decorativo de Los Azules son líneas oblicuas a las que se adosan líneas más cortas; además cada una de estas incisiones, de las tres que se conservan en el fragmento de arpón, parece perfectamente individualizada. Las piezas cántabras muestran generalmente el motivo agrupado en haces de líneas. Generalmente son tres incisiones ver-

tales (paralelas al eje de la pieza) que forman un grupo, y la línea del centro carece de incisiones adosadas. En otros casos forman un haz de cuatro líneas, siendo simples las dos centrales. Y en un caso, el colgante de Rascaño, los grupos se cierran en sus extremos por dos trazos horizontales cortos.

En cierto modo, podría ser más próximo por su decoración un arpón magdaleniense de la colección Soto Cortés y que se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de Oviedo<sup>2</sup>. Es una línea longitudinal a la que se adosan por su lado izquierdo pequeños trazos<sup>2</sup>. Más próxima esta decoración por el aislamiento del motivo (aunque en el caso del arpón de Los Azules sean varios los motivos, la unidad viene dada por el soporte más que por la relación en-

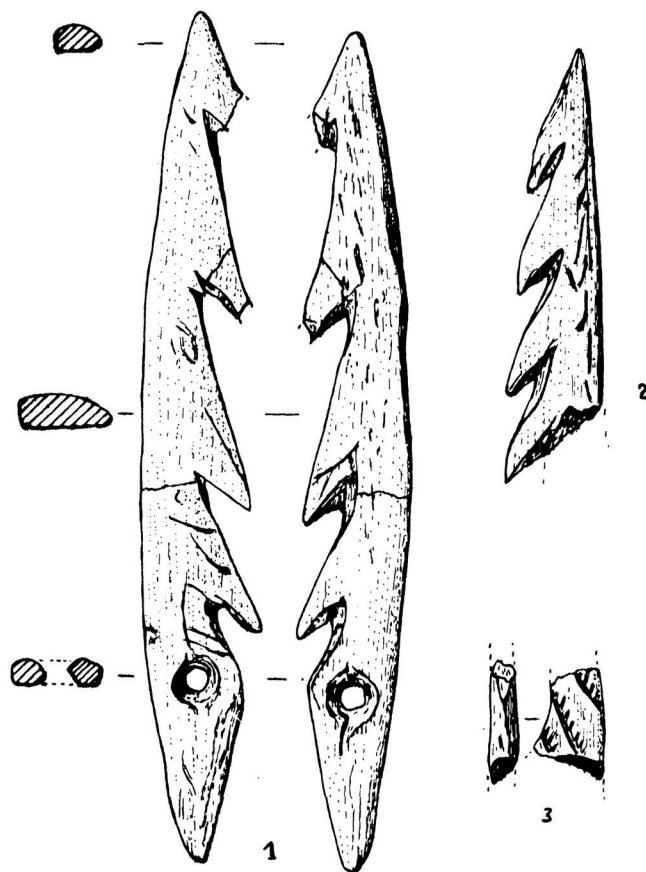


Fig. 1

<sup>1</sup> BARANDIARÁN MAESTU, I., *Arte mueble del Paleolítico cantábrico*, Zaragoza, 1972, pp. 257-258. Los datos referentes a las piezas cántabras pueden encontrarse en GARCÍA GUINEA, M. A. et alii, «Las cuevas azilienses de El Piélago (Mirones, Cantabria) y sus excavaciones de 1967-1969», en *Sautuola IV*, Santander, 1985, pp. 11-154; GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., BARANDIARÁN MAESTU, I. et alii, *El Paleolítico superior de la Cueva de Rascaño (Santander)*, Santander, 1981; GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., GARCÍA GUINEA, M. A., BEGINES RAMÍREZ, A., *Cueva de La Chora (Santander)*, Madrid, 1963; GONZÁLEZ SAINZ, C., «Un colgante decorado de Cueva Morín (Santander). Reflexiones sobre un tema decorativo de finales del Paleolítico superior», en *Ars Praehistorica*, t. I, 1982, pp. 151-159; MOLINERO, J. I. y AROZAMENA, J. F., «Reseña arqueológica del karst de Helguera», en *Boletín Cántabro de Espeleología*, 5, 1985, pp. 29-35.

<sup>2</sup> GONZÁLEZ MORALES, M. R., «Arpón magdaleniense en la colección "Soto Cortés" en el Museo Arqueológico Provincial de Oviedo», en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 95, Oviedo, 1978, pp. 819-825.

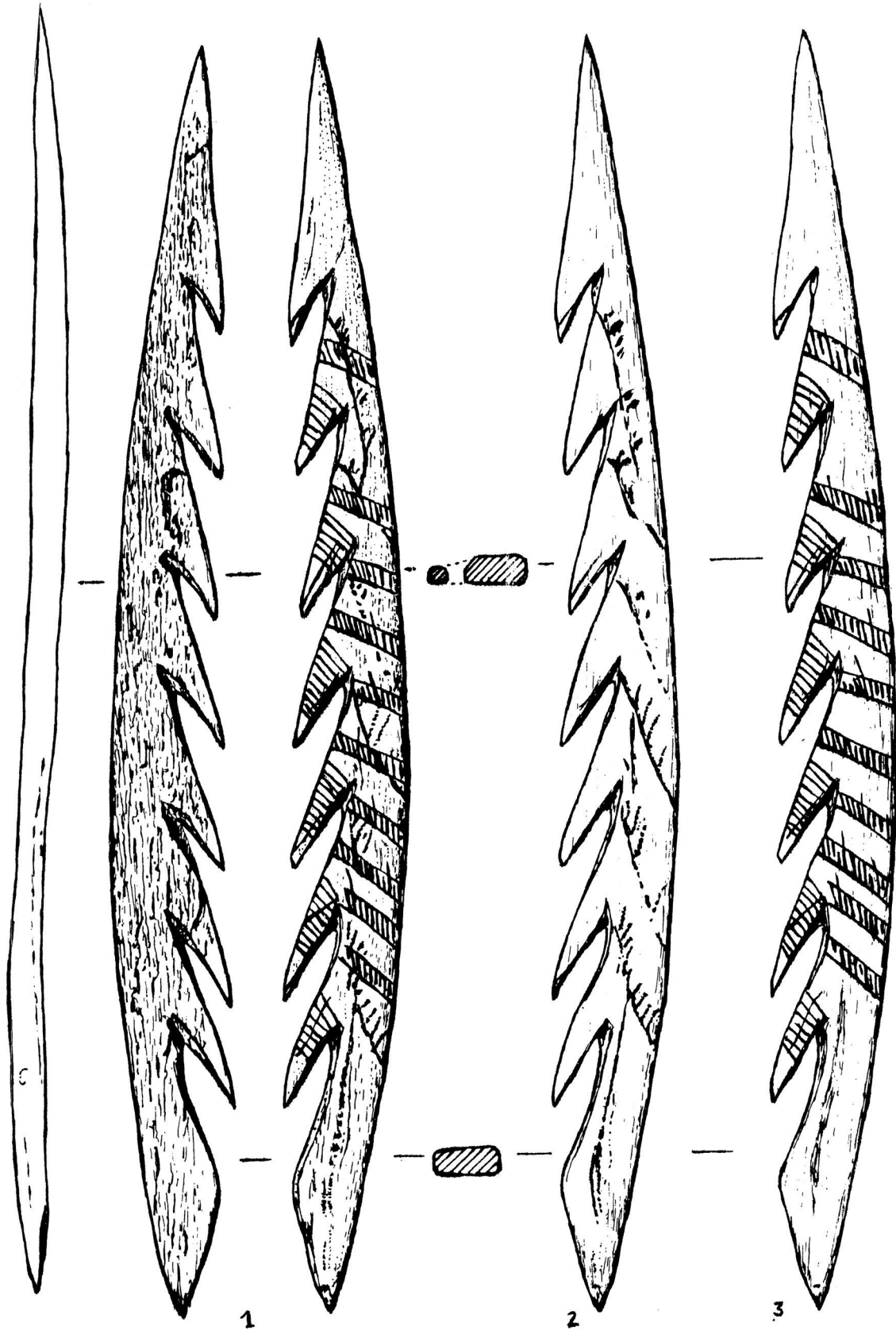


Fig. 2

tre ellos). En el presente caso los trazos adosados son líneas, como en algunos de los casos de las piezas cántabras, mientras que en otras se trataría de puntos adosados al trazo longitudinal.

Como puede verse aunque agrupados en el mismo tipo, las diferencias son sustanciales, aunque cronológicamente se desarrollan en tiempos muy similares.

El segundo arpón decorado resulta más interesante, no sólo por ser una pieza más espectacular, sino porque, al conservarse completo, permite hacer algunas observaciones directamente conectadas con la temática de este coloquio. Es una pieza de 201mm. de largo por 15 de ancho y 5,5 de grosor. Es de una sola hilera de dientes y posee siete. Su base está poco desarrollada en proporción a la largura de la pieza; sin embargo está bien definida. Carece de perforación, aunque presenta una especie de acanaladura longitudinal poco profunda que podría estar relacionada con su enmangue.

Su cara superior fue cuidadosamente pulida, mientras que la inferior fue trabajada de modo más descuidado. Y es sobre la cara superior donde, en dos momentos distintos, se desarrolló la decoración. En un primer tiempo fue decorado con seis trazos oblicuos que cruzan el fuste del arpón de un lado a otro. El primero de los trazos arranca del final de la base, a la altura del primer diente y el último de ellos se encuentra a la altura del penúltimo de los dientes. A estos seis trazos oblicuos se adosan otros más cortos perpendiculares a aquellos, formando una especie de rameado. Todas estas líneas están realizadas con un punteado fino. En esta fase de la decoración los dientes quedaron libres de ella (fig. 2,2).

El desgaste ocasionado por el uso tornó borrosa en algunos puntos esa simple decoración. Fue esto lo que, posiblemente, motivó una segunda fase en la decoración. Pero ahora ésta se hace más se hace más complicada y elaborada, destaca con una mayor claridad y no sólo por no presentar la erosión que hacía difícil percibir los primeros trazos, sino también porque cubre con una mayor amplitud la superficie de la pieza. Como en el caso anterior la decoración se limita tan sólo a la cara superior del arpón. En este segundo momento también se modificó la técnica: ahora son líneas incisas continuas y algo más profundas. Un aspecto destacable: como en la ocasión anterior también se reserva sin decoración la base (lo cual puede ser comprensible si iba encajada en el enmangue) y la extremidad distal, incluyendo el último de los dientes, a cuya altura se detiene todo el diseño.

Parece claro que, en los dos momentos en que se decoró la pieza, hubo expresa voluntad de preservar esta zona.

En los dientes del arpón la decoración se reduce a simples trazos oblicuos paralelos que, en cuatro ocasiones aparecen cortados por otra línea que los cruza, al menos parcialmente (fig. 2,3).

La decoración del fuste está compuesta por diez conjuntos de líneas oblicuas. Cada uno de esos conjuntos está formado por dos trazos paralelos, separados uno del otro unos 3 mm., y rellenado el espacio intermedio por otros trazos más cortos perpendiculares a los anteriores. Sin pretender darle ningún significado al hecho, se puede observar que estos trazos cortos se contienen perfectamente entre los dos paralelos, pero en ocasiones contadas los desbordan.

Por último, es importante destacar que, aunque esta pieza apareció rota por efecto de la presión de las tierras, se encontraron los tres fragmentos perfectamente unidos y en posición horizontal. Salvo estas fracturas, su estado es perfecto. Inmediatamente destaca el aguzamiento de la punta de la pieza y el de los dientes, hecho este que no es frecuente ya que, por lo general, aparecen desgastados y romos. Sólo en un caso, el del arpón hallado en la sepultura, se puede hablar de un aguzamiento tan perfecto<sup>3</sup>.

Habría que añadir a estas piezas un tercer fragmento de arpón encontrado en la base del nivel 3 (capas h-i), en el que aparece una posible decoración en un lateral del fuste (fig. 1,2).

Sobre las tres piezas descritas correspondientes al nivel 5, se pueden extraer algunas conclusiones de carácter hipotético, aunque creo fundamentadas. Su localización estratigráfica está en contacto con el Magdaleniense y cronológicamente es posible que no esté muy alejada de él. De hecho la persistencia de la perforación circular y la ligera protuberancia que se observa en la base parecen características que nos ponen en conexión con el Magdaleniense.

Ciertamente esta apreciación se basa sólo en unas pocas piezas, pero no carece de fundamento si tenemos en cuenta la estratigrafía.

Conviene no dejar de lado, aunque aquí no entremos en la cuestión, el hecho de que alguna ten-

<sup>3</sup> En la cueva de La Lluera se ha encontrado también un arpón aziliense decorado en las dos caras, una de las cuales es exactamente igual a la segunda decoración realizada sobre el arpón de Los Azules. Agradezco a A. RODRÍGUEZ ASENSIO, director de las excavaciones en la cueva de La Lluera, en la cuenca media del Nalón, la información sobre esta pieza.

dencia de la industria lítica, aunque se distancie del hacer magdaleniense, ocupa una posición intermedia entre el Aziliense de las capas superiores de la cueva de Los Azules y el nivel 6 magdaleniense<sup>4</sup>.

Otro factor a tener en cuenta es la persistencia de la decoración en este tipo de útiles, aun cuando el estilo está ya muy distante del que le precede cronológica y culturalmente. En el nivel 3 de la cueva de Los Azules se ha encontrado un elevado número de arpones, ninguno de los cuales, salvo el caso citado anteriormente, presenta decoración, lo cual, al menos estadísticamente, resulta notable, sobre todo si tenemos en cuenta que su número supera los 60, mientras que los del nivel 5 son solamente 4 y dos de ellos están decorados<sup>5</sup>.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, podríamos preguntarnos si no nos encontraremos ante una pervivencia magdaleniense en un Aziliense inicial de Los Azules. Aún aventurando más sería posible preguntarse si no estamos ante un contacto inicial, aunque avanzado ya, entre una cultura local que evolucionaba y una corriente que procedería de la zona pirenaica (los arpones aplanados), contacto este favorecido por una similitud de tendencias. El hecho no es imposible, aunque por el momento no tengamos muchas posibilidades de demostrarlo ni, posiblemente, sea este el lugar. Por ello tampoco debemos dejar de citar la posibilidad de que estemos ante una evolución local, aunque la disparidad cronológica entre los Pirineos y la zona occidental del Magdaleniense final y Aziliense inicial cantábrica haga más compleja la aceptación de una evolución local desgajada del contexto más amplio del Paleolítico final franco-cantábrico.

Todavía no tenemos dataciones absolutas de C 14 para el nivel 5. Las más antiguas del nivel 3, que corresponden a la capa f y a la e, nos llevan a la primera mitad del IX milenio a. de C. Por ello no sería disparatado pensar que la capa 5 pudo haberse desarrollado en los momentos iniciales de ese milenio o en los finales del X a. de C. La cuestión es evidente que no está resuelta y la antigüedad real del Aziliense

en el occidente de la región cantábrica todavía resulta problemática<sup>6</sup>.

Este hecho en si ya tiene importancia. Hay otras ideas que vienen sugeridas por la pieza con doble decoración. Este mismo hecho de haber sido decorada en dos ocasiones, y una de ellas después de que el primitivo diseño parecía haberse hecho ilegible en alguna de sus partes, parece indicar, en primer lugar, un uso prolongado de la pieza que no fue realizada para ser desechada en una primera utilización o después de ser usada unas pocas veces. En segundo lugar, parece que su uso está relacionado con otras actividades distintas de la caza o pesca, fines propios de este tipo de útil. Esto parece reforzado por la perfecta conservación de las puntas de los dientes y de la extremidad distal, que no parecen sugerir una actividad violenta, de golpe o choque que sería la propia de la caza con arpón. Además el desgaste parece más intenso (o bien la corrosión de la primitiva decoración) en el centro del fuste, abarcando exactamente los tres grupos superiores de trazos y menos a los más próximos a la base. La segunda decoración no parece haber sufrido este desgaste.

De un modo y otro parece indicado suponer que la pieza tenía alguna significación especial no relacionada directa o técnicamente con la caza y la pesca. Que estos grabados realizados sobre este tipo de útiles podrían tener otra finalidad distinta de la simplemente decorativa es un fenómeno generalizado en los pueblos primitivos. Sin embargo no hay que excluir directamente esa finalidad, puesto que puede realizarse para resaltar una pieza que tiene un significado propio, distinto del que puede tener el útil en cuanto tal; en este caso la decoración sería algo más que puramente ornamental. Sin embargo la pregunta podríamos formularla así: ¿por qué decorar dos veces una pieza de un modo muy elaborado, al menos para los criterios de esa época?

Cómo hipótesis no resultaría demasiado osado suponer una función ritual o puramente simbólica para este útil. Esta hipótesis no debemos fundamentarla sólo en la decoración (otro de los arpones del nivel presenta también decoración), sino en su estado de conservación y en el hecho de suponersele un prolongado uso que no parece relacionado directamente con su fin propio.

Ir más allá de la simple pregunta resulta imposible, pero sea cual sea su significado es importante dar a conocer estos datos novedosos en el Aziliense cantábrico.

*Oviedo, febrero de 1987*

<sup>4</sup> FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J. A., «From Magdalenien to Azilien» en *III International Symposium. The Mesolithic in Europe*, Edimburgo, 1989, pp. 582-588.

<sup>5</sup> Acerca de trazos sobre arpones azilienses que no parecen presentar voluntad de decoración pueden verse las numerosas publicaciones sobre niveles azilienses en la región cantábrica. Por citar una publicación reciente sobre un yacimiento de indiscutible importancia, puede verse la ya citada en la nota 1 de M. A. GARCÍA GUINEA sobre El Piélago.

<sup>6</sup> Las fechas obtenidas en el Laboratorio del Museo Británico para el nivel 3 de Los Azules pueden verse en el artículo citado en la nota 4.